

capaz de excitar una voluntad semejante en un alma noble y firme, debe ser, sin duda ninguna, lo más grande que existe entre los hombres.

Ahora bien, echando una mirada á nuestro alrededor, consideremos si hay una cosa á la cual esa denominación sublime se haya atribuído con justicia por el consentimiento unánime de todos los tiempos y de todos los pueblos.

¡Y henos aquí, jóvenes, llegados en pocas palabras á esa verdad encantadora, ante la cual toda la filosofía antigua y hasta el mismo Platón habían retrocedido; que el genio es la virtud!

Poetas, tened siempre la austeridad de un objetivo moral ante los ojos. No olvidéis jamás que por casualidad los niños podrán leer vuestros escritos. Tened compasión de las cabecitas rubias.

La juventud necesita quizás mayores respetos que la misma vejez.

El hombre de ingenio no debe retroceder ante ninguna dificultad; los hombres comunes necesitaban armas pequeñas, pero los grandes atletas requerían los cestos de Hércules.

PLAN DE TRAGEDIA ESCRITO EN EL COLEGIO

Dos de los sucesores de Alejandro, Casandro y Alejandro, hijos de Poliperchón, se disputan el imperio de Grecia. El primero se ha retirado á la ciudadela de Atenas, el segundo acampa bajo sus muros. Atenas, entre esos dos poderosos enemigos, amenazada á cada instante de ser destruída, se halla, además, atormentada por disensiones intestinas. El pueblo se inclina hacia el partido de Alejandro, que promete restablecer el gobierno popular; el Senado prefiere á Casandro, quien ha restablecido el gobierno aristocrático. De ahí el odio violento del pueblo contra Foción, jefe del Senado, y el mayor enemigo de los caprichos de la multitud. Foción, en esa crisis en la cual se trata tanto de él como del Estado, insensible á todo otro interés que no sea el de sus conciudadanos, piensa únicamente en la salud de la república; y trabaja en ello con toda la imprudencia de una alma bella. Los medios que emplea para salvar á la patria son los empleados para perderle á él mismo. Logra decidir á los dos jefes rivales á que se alejen del Ática y que respeten á Atenas; y en el momento mismo se le acusa de traidor, es juzgado por el pueblo y condenado. He ahí, en pocas palabras, toda la acción de la tragedia; es sencilla y puede ser muy noble, sin embargo. Ofrece un cuadro de las agitaciones populares y de la virtud desgraciada; es decir, el mayor ejemplo que se pueda presentar á la vista de los hombres, y el espectáculo digno de los dioses.

Por una parte el odio del pueblo, los enemigos de

Foción, su virtud imprudente, que les da armas contra él, en fin, Alejandro y su ejército; por otra, las tropas de Casandro, el partido de los buenos ciudadanos, la antigua autoridad del Senado; finalmente, el ascendiente eterno de la virtud, que hace triunfar á Foción cada vez que se halla frente á la muchedumbre. De ese modo queda restablecida la balanza teatral; la acción se desarrolla por una serie de revoluciones inesperadas; los medios de ataque y de resistencia tienen entre sí proporciones que hacen posible la ansiedad.

Así, cuando en el tercer acto Foción no teme ir al campamento de Alejandro, su enemigo, y le decide á celebrar una entrevista con Casandro, parece que ese acto valeroso va á desarmar la ingratitud del pueblo y hacer callar á los acusadores. Pero Foción se ha expuesto á morir sin mandato; despreció, para salvar al pueblo, un decreto popular que le destituía de su empleo, decreto que el Senado no había sancionado. Cuando el espectador cree que la acción se encamina hacia un feliz desenlace, resulta, por el contrario, que el peligro es mayor. El pueblo, en plena revolución, asedia la casa de Foción. No se ofrece ningún medio de salvación. El Senado no tiene fuerzas, y Casandro está demasiado apartado. No hay más que morir. Proponen á Foción que arme á sus esclavos y venda cara la vida. Pero el grande hombre rehusa. El pueblo se precipita, penetrando en escena y dando gritos de:— ¡A muerte! ¡A muerte! Foción no se emociona. Los oradores agitan á la muchedumbre con sus gritos. Foción habla; pero viendo que el tumulto aumenta y que no puede lograr que vuelva á sentimientos más humanos, sube á su tribunal, y con ese movimiento queda operada la revolución teatral. No es ya el anciano que disputa su vida á un populacho desenfrenado, es un juez supremo que destruye á los revoltos-

Los asesinos caen á los pies de Foción. El anciano, profundamente conmovido de la ingratitud de sus conciudadanos, no les pide venganza, no les pide ni siquiera la vida; sólo, sí, que pueda vivir nada más que un día para salvarlos. De ese modo queda cambiado el aspecto de la escena; el pueblo apaciguado; los dos reyes irán á la ciudad para pactar una tregua; parece que Foción no tiene ya nada que temer. De pronto Agnónides se levanta y aconseja apoderarse de los dos reyes, poniendo fin de ese modo á las desdichas de Grecia. Ante esa pérfida proposición, cuyas ventajas enumera con harta elocuencia, renace la incertidumbre; se comprende desde luego el efecto que va á producir la contestación de Foción, entre un pueblo en presencia del cual Aristides no se atrevió por segunda vez á preferir lo justo á lo útil. Foción ve el lazo y no le sorprende. Hace lo que Aristides no se hubiera atrevido á hacer, permanece en el partido de lo justo contra lo útil. La entrevista de los reyes queda deshecha, y Foción es citado ante la asamblea del pueblo como culpable de haber dejado perder la oportunidad que se ofrecía para salvar á la República.

Aquí la acción se precipita. Foción está á punto de ser llevado ante esa asamblea, compuesta de un amasijo de esclavos y de extranjeros amotinados por sus enemigos, cuando se sabe que Casandro baja de la Acrópolis y acude á socorrerle. El anciano, aunque se violen las leyes para hacerle condenar, no quiere ser salvado á pesar de las leyes. Se dirige en busca de sus salvadores y les obliga á entrar de nuevo en la ciudadela, volviendo después á presentarse al pueblo. Va á ser absuelto, cuando de pronto el ejército de Alejandro aparece bajo los muros. El pueblo se subleva, la autoridad del Senado es desconocida y Foción condenado. Cogé la copa y bebe el veneno.

Esta tragedia podría ser hermosa; sin embargo,

sólo lograría un buen éxito relativo, porque sería fría; en el teatro, un cuento de amor vale más que la historia.

Campistron presentó ya en escena el mismo asunto, es decir, á Foción. Su obra, como todas las que escribió, está bastante bien concebida y no mal desarrollada. Hay invención en los caracteres, pero no supo sostenerlos. Ocurre eso á menudo á las gentes que, como él, ni supieron ver ni observar, y que creen que el amor se hace con exclamaciones y la virtud con máximas.

Así, en una escena bastante bien escrita, si se admite que el estilo de las tragedias de Voltaire sea buen estilo, entre el tirano y Foción, éste, después de haber dicho como verdadero capitán:

Un homme tel que moi, loin de s'humilier,
Conte ce qu'il a fait pour se justifier.
Ose toi-même ici rappeler mon histoire.
Elle ne t'offrira que des jours pleins de gloire;
Chaque instant est marqué par quelque exploit fameux (1),

vuelve sobre sí de repente, y añade con un énfasis de modestia tan ridículo como su jactancia:

Mais que dis-je? où m'emporte un mouvement honteux?
Est-ce à moi de conter la gloire de ma vie?
D'en retracer le cours quand Athènes l'oublie?
J'en rougis; je suis prêt à me désavouer.
Prononce; j'aime mieux mourir que me louer (2).

(1) Un hombre como yo, lejos de humillarse, cuenta lo que ha hecho para justificarse. Atrévete aquí á recordar mi historia. Sólo te ofreceré días llenos de gloria; cada instante está señalado por algún hecho famoso...

(2) Pero ¿qué digo? ¿Hasta dónde me conduce un arranque vergonzoso? ¿Me corresponde á mí contar la gloria de mi vida? ¿Referir su curso cuando Atenas la olvida? Me avergüenzo; estoy dispuesto á desdecirme. Falla; prefiero morir á tener que elogiarme.

Y después Campistron, no sabiendo de qué manera podía hacer volver á escena al moribundo Foción, recurre al expediente de hacerle solicitar una entrevista con el tirano. El tirano, sorprendido, la concede por pura curiosidad; pero como no convendría al autor poner frente á frente á dos personajes que en realidad nada tienen que decirse, cuando va á hablar con Foción, llaman al tirano para que apacigüe un motín. Este, naturalmente, se olvida de dar aviso para que no se efectúe la entrevista. Llega Foción, y, no hallando al tirano, trata de averiguar la razón que haya podido haberle hecho salir de la escena, y no halla otra mejor sino la de que le causa miedo, y añade, con una sencillez enteramente cómica:

Sans armes et mourant je le force à me craindre.
Que le sort d'un tyran, justes dieux, est à plaindre!

(Sin armas y moribundo le obligo á temerme. ¡Qué digna de compasión es, justos dioses, la suerte de un tirano!)

Y un poco más allá, Foción, agonizando, paseándose durante todo el quinto acto en medio de la sedición, halla á su hija Chrysis, y se ocupa, como buen padre, en buscarle un marido. Este punto es realmente curioso. ¿Sabéis quién es objeto de su elección? El hijo del tirano.

Parece, como dice el proverbio, que basta bajarse y coger.

Et voulant, en mourant, vous choisir un époux,
Je ne trouve que lui qui soit digne de vous.

(Y queriendo, al morir, escogeros esposo, sólo él me parece ser digno de vos.)

La respuesta de la hija es quizás aun más singular:

Qu'entends-je! ô ciel! seigneur, m'en croyez-vous capable?
Je ne vous cèle point qu'il me paraît aimable.

*(¡Qué oigo, oh cielos! Señor, ¿me creeríais capaz de ello?
No os ocultaré que me parece amable.)*

Esa misma Chrysis, viendo morir á su padre y á su amante, harto bien educada para seguirles por ese camino, exclama con candor que conmueve:

O fortune contraire,
J'ose, après de tels coups, défier ta colère!

(¡Oh contraria fortuna! Me atrevo, después de semejantes golpes, á desafiar tu cólera.)

Se va y cae el telón. En un caso parecido Corneille es sublime, y hace decir á Eurídice:

Non, je ne pleure pas, madame, mais je meurs.

(No, señora, no lloro, sino muero.)

En 1793, Francia tenía en jaque á Europa, y la Vendée tenía en jaque á Francia. Francia era más grande que Europa, la Vendée era más grande que Francia.

Diciembre de 1820.

El joven que en nuestros días despierta á las ideas políticas, se halla en extraña perplejidad. Generalmente nuestros padres son bonapartistas, nuestras madres son realistas.

Nuestros padres no ven en Napoleón más que el hombre que les daba charreteras; nuestras madres sólo ven en Buonaparte al hombre que les quitaba sus hijos.

Para nuestros padres, la revolución es la cosa más grande que ha podido hacer el genio de una asamblea; el Imperio es la cosa más grande que ha podido efectuar el genio de un hombre. Para nuestras madres, la revolución es una guillotina; el Imperio es un sable.

Nosotros, nacidos en tiempo del consulado, hemos nacido en el regazo de nuestras madres, pues nuestros padres estaban en los campos de batalla; y privadas á menudo, por la fantasía conquistadora de un hombre, de sus maridos, de sus hermanos, fijaron en nosotros, colegiales de ocho ó diez años, sus dulces miradas maternas llenas de lágrimas, recordando que tendríamos diez y ocho en 1820, y que en 1825 seríamos coroneles ó habríamos muerto.

La aclamación que saludó á Luis XVIII en 1814, fué un grito de alegría de las madres.

Generalmente hay pocos adolescentes de nuestra generación que no hayan mamado, con la leche de sus madres, el odio de las dos épocas violentas que precedieron á la restauración. El espantajo de los niños de 1802 era Robespierre; el de los niños de 1815 era Buonaparte.

Ultimamente acababa de defender con ardor ante mi padre mis opiniones vendeanas. Mi padre me oyó hablar sin decir palabra, y luego se volvió hacia el general L***, que estaba allí, y le dijo:—*Dejemos obrar*

al tiempo. El niño piensa como su madre, el hombre pensará como su padre.

Este vaticinio me dejó pensativo.

Suceda lo que quiera, y admitiendo hasta cierto punto que la experiencia pueda modificar la impresión que produce en nosotros el primer aspecto de las cosas al entrar en la vida, el hombre honrado está seguro de no errar si somete todas esas modificaciones á la severa crítica de su conciencia. Una buena conciencia que vigila en un espíritu, le salva de todas las malas direcciones en que puede perderse la honradez. En la Edad media se creía que todo líquido en el cual hubiese permanecido un zafiro era preservativo contra la peste, el carbunco y la lepra *y todas sus especies*, dice Juan Bautista de Rocolles.

Ese zafiro es la conciencia.

DIARIO DE LAS IDEAS

Y OPINIONES DE UN REVOLUCIONARIO DE 1830